

LA ISLA DE LOS CENTAUROS

PABLO ANTONIO CUADRA

En la Isla de Oro —“donde detiene
su esquiñe el argonauta”—
Rubén, pastor de mitos, puebla
su soledad de centauros.

Escuchamos

su animado coloquio con Licidas
Medón, Grineo, Astilo y los sacros
abuelos. Se ha sentado en la barca
y ellos —nunca quietos— suenan
sus cascos en las piedras redondas
que las olas pulen. Pregunta por Quirón
y mira acusativo a los Centauros:
—“Quirón quiso elevar sobre la bestia
la noble mitad humana. Formó a Castor y Aquiles.
Dio a la sublime demencia de Cortés
los éxtasis. Mas la flecha
del guerrero tiende a los excelentes.”
Avergonzados los equinos inclinaron la frente.
Ya no hablan del Enigma
cuyo soplo hace cantar la lira.
¡No les interesa! No preguntan
por el alma de las cosas.
Les agobia la muerte, el hambre,
el oscuro destino. Y callan.

—Lo elemental es lípida—

Ya no son como ayer
—cuando Arneo nos legó (en mala hora) la muerte
como casta y macabra novia de la vida—,
ahora enflaquecidos, llenos
de cicatrices, muestran la torpeza del guerrero
vertedor de sangre (Dante
los vio en un círculo de su infierno
armados de saetas
violentos ellos, custodiando a los violentos).

Rubén mira el puerto, ayer activo
y ahora abandonado. Pregunta
de nuevo por Quirón
y un Astilo envejecido le contesta:
—“Quirón fue convertido en Sagitario.”
El poeta calla. El poeta
sabe que le mienten. Necrófilos,
volvieron de la guerra convirtiendo
sus caídos en astros. ¡Ya no son como antaño!
Los vecinos les tiemblan. Los navegantes
pasan sin atracar en sus puertos.
Cuentan de ellos y no acaban ...
que descubrieron el vino, domador de hombres,
que desde entonces rechazaron de sus mesas

la blanca leche que nutre al campesino.
 Carlos, en su canto, pregonó que los dioses
 los expulsaron de sus juergas. "Ya borrachos
 tiraban de los manteles con los dientes
 rompiendo la vajilla, meando
 gruesos chorros de sidra".
 Pero Lícides niega y acongojado dice:
 —No fue el vino sino el áspero
 licor del poder. No fue la razón la que perdimos.
 ¡Nos perdió la razón!
 ...Escuchamos entonces un lento trote
 y vimos acercarse
 a una joven Centaura
 No como antaño airosa trepando en tropeles
 con paso de estrofa las colinas,
 sino a paso de fatiga,
 desgrefiada,
 secas la ubres y el ijar hundido,
 dijo ceñuda:
 —El aire trae el tufo de la guerra.
 Sobre la difusa lejanía
 vimos los negros giros de los buitres
 y Astilo preguntó: —¿Mataron
 a tu amante? Mas ella:
 —¿Por qué han hecho que la Patria
 pese como un féretro?
 Y observó la arquera en silencio
 su callosa mano armada.
 Dijo entonces Rubén:
 —No escucharon a Hesíodo, el labrador.
 No trajeron los alisios la prudente
 voz de los trabajos y los días:
 Él fue quien dijo que el Cronión
 ha permitido a los voraces peces,
 a las fieras feroces y a las aves de rapiña
 devorarse entre sí
 porque carecen de justicia...
 Y mirándome ordenó:
 —Echa la barca al lago.
 Estaba triste.
 La sustantiva tierra
 tatuada por los cascos caminantes,
 la antigua campeadora de ganados,
 la que cantó encendida por sus soles
 ¿qué elegía elevaba al cruel ocaso?
 —¿Dónde está la juventud?
 preguntó volviendo el rostro
 a la playa desierta.
 —En las trincheras.
 Y la joven Centaura
 puso un casco en la regala y los ojos
 en el herido horizonte de la tarde:
 —Los que no mueren
 escapan por el agua a nado. Sueñan
 con mujeres. Y las roban